

FANATISMO Y TERRORISMO

BASES FANÁTICAS DEL TERRORISMO

Francisco Javier Moreno Oliver.

Doctor en Psicología. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9306-2125>



INTRODUCCIÓN

El fanatismo puede entenderse como una actitud existencial caracterizada por la adhesión intransigente a ciertas creencias, acompañada del rechazo al diálogo, la crítica y la alteridad (Cyrulnik, B., 2018).

No se limita al ámbito religioso o político, sino que puede manifestarse en contextos ideológicos, morales o incluso seculares. Se trata de una forma de relación con el mundo en la que la certeza absoluta sustituye a la duda, y en la que toda discrepancia es percibida como una amenaza.

Una de las claves para comprender el fanatismo radica en su dimensión emocional. Sentimientos como la ira moral, el resentimiento o el odio no solo acompañan esta actitud, sino que la refuerzan y la justifican. El fanático no se limita a sostener una creencia: siente que su causa es justa, necesaria y superior, lo que le confiere una supuesta legitimidad para excluir, castigar o incluso eliminar a quienes considera contrarios a su verdad (Escobar, M. et al., 2020).



Desde una perspectiva epistémica, el fanatismo puede definirse como una forma activa de inopia cognitiva y cognoscitiva. Consiste en la clausura deliberada del pensamiento crítico, en el rechazo sistemático de las evidencias contrarias y en la reafirmación constante de los propios prejuicios mediante mecanismos de autoafirmación (Townsend, L., et al., 2024). Esta rigidez cognitiva suele estar impulsada por una necesidad de seguridad, identidad y pertenencia, especialmente en contextos de crisis o desorientación existencial.

Una característica fundamental del fanatismo es su capacidad para reproducirse incluso en quienes se oponen a él. La denuncia del fanático puede transformarse en una forma paralela de intolerancia, cuando se hace desde la superioridad moral, la descalificación automática y la cerrazón dialógica. Por ello, combatir el fanatismo requiere algo más que oposición frontal: exige una disposición sostenida al pensamiento crítico, la humildad epistémica y la apertura al encuentro con la diferencia (Townsend, L., et al., 2024).

El fanatismo no es solo un problema externo o ajeno, sino una posibilidad latente en todo sistema de creencias cerrado sobre sí mismo. Superarlo implica asumir la fragilidad de las propias convicciones, aceptar la incertidumbre como parte de la vida humana y construir formas de convivencia basadas en la reflexión, la empatía y el respeto por la pluralidad.

PROCESO PSICOLÓGICO DEL FANATISMO

El fanatismo, desde una perspectiva psicológica, puede entenderse como un proceso que se desarrolla de forma progresiva y que responde a distintas necesidades emocionales, cognitivas y sociales del individuo. Suele comenzar con la idealización de una figura, una causa, un grupo o una ideología, a los que se atribuyen cualidades extraordinarias.

En esta etapa inicial, la persona proyecta en ese objeto virtudes que siente que le faltan, buscando en él una forma de identificación o pertenencia que le dé sentido a su vida (Armengol, R., 1999). Este fenómeno suele darse con más fuerza en personas que atraviesan momentos de inseguridad, baja autoestima o carencias afectivas.

Con el paso del tiempo, el extremista empieza a buscar coincidencias o similitudes con el objeto de su devoción. Estas pueden ser reales, imaginadas o incluso irrelevantes, pero cumplen la función de reforzar la sensación de conexión especial. A menudo, esto va acompañado de una búsqueda obsesiva de información, que no hace más que alimentar la creencia de un vínculo único. En esta fase, la percepción de la realidad empieza a distorsionarse: todo se interpreta desde la lógica del fanatismo (Sánchez, T., 2003b).

Emocionalmente, el involucramiento se vuelve cada vez más profundo. El individuo comienza a vivir los logros y fracasos del objeto admirado como si fueran propios.

Esta identificación suele intensificarse especialmente en adolescentes o en personas que se encuentran en búsqueda de identidad, ya que el fanatismo les ofrece una sensación de pertenencia, propósito y dirección (Sánchez, T., 2003a).

Más adelante aparece una necesidad constante de contacto y validación. El sujeto busca cualquier forma de acercarse, ya sea en persona o a través de medios digitales, deseando algún tipo de reconocimiento (Sánchez, T., 2019). Cuando esto no sucede, pueden surgir conductas obsesivas, y en algunos casos, reacciones agresivas motivadas por la frustración.

Con el tiempo, los límites entre la vida del fanático y la del objeto admirado se desdibujan.

La persona actúa como si tuviera una relación especial o íntima, y llega a sentirse con derecho sobre la vida y decisiones del otro. Puede incluso tratar de influir o manipular usando información personal, creyendo que su vínculo lo justifica.

En las fases más críticas, aparece la radicalización. Cuando el fanático se enfrenta a la realidad de que su ídolo es humano y tiene defectos, suele experimentar una profunda decepción. Sin embargo, rara vez abandona la causa. (Sánchez, T., 2003b). En lugar de eso, racionaliza los errores del objeto admirado o, en casos más extremos, se vuelve hostil, sintiéndose traicionado. Este conflicto interno puede llevar a una división rígida del mundo: quienes están a favor son “buenos”, y quienes lo critican o no comparten el fanatismo son “malos” (Sánchez, T., 2003a).

En esta etapa, se puede llegar a justificar la violencia o la exclusión de quienes piensan diferente.

En los casos más agudos, el fanático pierde por completo su identidad personal. Vive únicamente a través del objeto de su admiración, e incluso puede desear ser él. En este punto, el fanatismo deja de ser solo una forma de admiración excesiva y se convierte en una patología con componentes obsesivo-compulsivos, delirantes o paranoides, con alto riesgo de violencia.





Este proceso se sostiene gracias a varios mecanismos psicológicos. Por ejemplo, la escisión lleva a dividir el mundo en dos: lo absolutamente bueno, representado por el objeto admirado, y lo absolutamente malo, que incluye todo lo que lo cuestiona (Villarejo, A., 2010). La identificación proyectiva hace que el fanático atribuya a su ídolo todas las cualidades que desearía tener, mientras rechaza en los demás —o incluso en sí mismo— aquello que considera negativo. A esto se suma la negación de los propios conflictos internos, que se proyectan hacia el exterior, y la racionalización de cualquier conducta, por absurda o violenta que sea, siempre bajo la creencia de que la causa es “justa” o “superior”.

Por otro lado, el fanatismo también está influido por sustancias químicas del cerebro. La dopamina refuerza el placer y la motivación cuando la persona se siente parte de un grupo; la serotonina regula el ánimo y la impulsividad; y la oxitocina fortalece el apego y la confianza social.

Además, las endorfinas generan sensaciones de bienestar durante experiencias grupales, mientras que el cortisol, la hormona del estrés, puede llevar a buscar seguridad en creencias rígidas (Pichardo, T., 2021). Todos estos neurotransmisores y hormonas crean una neuroquímica que facilita la adhesión intensa y emocional, característica del fanatismo.

PROCESOS INDUCTORES DEL FANATISMO

Este proceso puede desarrollarse tanto de manera individual como colectiva, y utiliza diversas estrategias que han evolucionado con el tiempo, especialmente gracias al avance de la tecnología.

Uno de los principales canales para la radicalización es el uso intensivo de herramientas digitales y redes sociales. Plataformas como WhatsApp, Telegram o TikTok son utilizadas por grupos extremistas para atraer, adoctrinar y coordinar a sus simpatizantes.

Internet les permite difundir propaganda de forma segmentada, formar ejércitos de trolls y llegar con facilidad a públicos específicos. Los contenidos que comparten suelen estar cargados de impacto emocional: imágenes provocadoras, mensajes intensos, canciones pegajosas y relatos que glorifican la causa o deshumanizan al enemigo (Sánchez, T., 2003a).

Además, este proceso tiende a desarrollarse en entornos cerrados, donde las ideas extremas circulan sin oposición.

Estos espacios pueden ser físicos —como cárceles, escuelas o lugares de culto— o virtuales, como grupos privados en redes sociales. Las prisiones, en particular, se convierten en un entorno fértil para la radicalización debido al aislamiento social, la falta de perspectivas y la necesidad de encontrar una identidad o propósito (Sánchez, T., 2003b).

Otro factor clave son las narrativas ideológicas y la presión grupal. Según el modelo de las 3N (necesidades, narrativas y redes), la radicalización ocurre cuando se combinan la búsqueda de sentido personal, la influencia de una narrativa ideológica convincente y la presión del entorno social (Szumowska, E.; et al., 2020).

Estas narrativas suelen ofrecer explicaciones simples a problemas complejos, señalando enemigos concretos y presentando la violencia como una vía legítima para lograr ciertos fines.



También influyen las experiencias personales de crisis o vulnerabilidad. Muchas personas inician este camino tras atravesar momentos difíciles, como sentirse discriminadas, excluidas o víctimas de alguna injusticia (Villarejo, A., 2010). En ese contexto, los mensajes extremistas pueden resultar especialmente atractivos, ya que prometen identidad, pertenencia y un propósito claro.

El proceso de captación suele comenzar de forma sutil, con un acercamiento que ofrece apoyo emocional, compañía o sentido de comunidad. Poco a poco, ese vínculo se fortalece a través del adoctrinamiento ideológico, hasta que la persona asume plenamente los valores del grupo (Villarejo, A., 2010). En fases más avanzadas, incluso puede pasar a captar a otras personas o participar activamente en acciones extremistas.

Existen diferentes modelos que intentan explicar cómo ocurre la radicalización. En el plano individual, factores como la reacción ante eventos políticos, la búsqueda de pertenencia o la necesidad de encontrar sentido a la vida pueden jugar un papel importante. En el plano colectivo, elementos como la cohesión del grupo frente a amenazas externas, la competencia interna por reconocimiento, el odio al “otro” y la exaltación del martirio contribuyen a reforzar la radicalización (Pichardo, T., 2021).

La radicalización no es fruto de una sola causa, sino de una combinación compleja de factores personales, sociales y tecnológicos. La tecnología, el uso estratégico de las redes sociales, la manipulación de narrativas ideológicas, las crisis personales y la presión grupal son algunos de los métodos más utilizados por los grupos extremistas para atraer y convencer a nuevos miembros.

Comprender a fondo estos mecanismos es clave para prevenir y abordar este fenómeno de forma efectiva.

FANATISMO, OUDIO Y VIOLENCIA

El extremismo se convierte en una fuente de odio cuando defender una creencia implica rechazar o agredir a los demás, generando una hostilidad latente que puede manifestarse violentamente (Vidal, M., 2024). Este proceso se explica por varios mecanismos psicológicos. El fanático distorsiona la realidad, se considera dueño de la verdad absoluta y rechaza cualquier duda o crítica, bloqueando el diálogo y aumentando la hostilidad. La deshumanización del adversario facilita justificar el odio y la violencia (Vidal, M., 2024). Además, muchos fanáticos buscan en el grupo un sentido de pertenencia que compense sus frustraciones y carencias afectivas, canalizando su malestar hacia un enemigo externo.

La racionalización moral les hace creer que actúan en defensa del bien común o valores superiores, legitimando la violencia como una necesidad para proteger lo justo o sagrado. Así, se crea una espiral de odio y agresión difícil de romper, donde cada acto violento refuerza la percepción de amenaza (Villarejo, A., 2010).

Desde el psicoanálisis, el odio surge cuando el yo rechaza lo que le produce malestar y lo proyecta fuera; en el fanatismo, esta proyección extrema convierte la diferencia en una amenaza que debe ser eliminada para preservar la identidad. La persona fanática pierde su identidad personal para fusionarse con la del grupo, ganando seguridad y pertenencia, pero renunciando a la duda y la autocrítica. Esta rigidez, a menudo ligada a una personalidad autoritaria y una educación estricta, fomenta la intolerancia y la agresividad (Vidal, M., 2024). La idolatría de creencias o líderes es enemiga de la razón y contiene el germen de la violencia, que se justifica como defensa ante ideas opuestas, alimentada por odio, frustración y miedo.

La resistencia a cuestionar creencias, incluso cuando causan daño social, se explica por la disonancia cognitiva: el sacrificio personal fortalece el valor atribuido a la causa y legitima la hostilidad contra quienes la amenazan.

En suma, el fanatismo alimenta el odio y la violencia al convertir la diferencia en amenaza, la crítica en ataque personal y la pertenencia en justificación para excluir o agredir al otro.

BASES FANÁTICAS DEL TERRORISMO

La base fanática del terrorismo, desde una perspectiva psicosocial, se entiende como el resultado de una combinación de factores que trascienden la mera existencia de trastornos psicológicos individuales. Esta visión pone el foco en las dinámicas sociales, grupales y contextuales que favorecen la radicalización de las personas y su adhesión a causas extremas (Ganor, B., 2005).

Uno de los elementos clave es la fuerte identificación del individuo con los valores, intereses y objetivos del grupo terrorista (Hoffman, B., 2017). Esta conexión hace que las acciones violentas se perciban como legítimas e incluso necesarias para proteger o reivindicar a una comunidad que se siente amenazada o marginada (Alonso-Fernández, F., 1994). A menudo, esta identificación se alimenta de sentimientos intensos de odio y deseos de venganza, nacidos de frustraciones personales, sociales o políticas, que son canalizados hacia un enemigo que se percibe como responsable del sufrimiento colectivo.

En este contexto, la persona suele diluir su responsabilidad individual al verse como parte de un todo, justificando sus actos violentos como un sacrificio necesario por el bien del grupo. Esta lógica se refuerza cuando la comunidad de origen —ya sea familiar, religiosa, cultural o política— muestra algún grado de apoyo, comprensión o incluso admiración hacia las acciones del grupo, legitimando simbólicamente la violencia y fortaleciendo así la identidad y motivación del terrorista (Horgan, J., 2009).

Otro factor determinante es la creencia de que los fines perseguidos —ya sean políticos, religiosos o sociales— son justos, y que las acciones violentas son medios legítimos para alcanzarlos (Hoffman, B., 2017). Esta percepción se acompaña muchas veces de una expectativa exagerada de éxito o impacto, lo que refuerza el compromiso con la causa. Además, las dinámicas internas del grupo suelen estar marcadas por una fuerte cohesión, presión grupal y la figura de líderes carismáticos, lo que incrementa la lealtad y dificulta el pensamiento crítico o el cuestionamiento individual (Sanmartín, J., 2005).

Desde esta perspectiva, la conducta terrorista no puede entenderse únicamente como un problema psicológico individual. Se trata más bien de un fenómeno social complejo, que surge de la interacción entre variables situacionales (como la percepción de injusticia), motivacionales (como la búsqueda de identidad, propósito o reconocimiento), grupales (cohesión, presión y liderazgo) y personales (ideología, creencias y valores) (Alonso-Fernández, F., 2002). En muchos casos, la pertenencia a un grupo extremista ofrece al individuo una identidad clara, un sentido de pertenencia y una razón de ser.

En definitiva, el terrorismo puede comprenderse como una estrategia de influencia sociopolítica en la que el extremista actúa como motor emocional e ideológico (Hoffman, B., 2017). Más que una manifestación individual, el fanatismo terrorista se revela como un fenómeno profundamente colectivo, alimentado por el entorno social, las dinámicas grupales y la necesidad humana de pertenecer, ser reconocido y dar sentido a la propia existencia.



COMBATIR EL FANATISMO

Para reducir el fanatismo, son útiles varias estrategias personales y colectivas. El distanciamiento emocional ayuda a responder con calma, y la escucha activa, que implica comprender al otro, aunque no se compartan sus ideas, es fundamental (Ganor, B., 2005). La argumentación razonada promueve el diálogo en lugar del conflicto.

En la comunicación, evitar juicios morales y fomentar empatía, respeto y comprensión facilita la reconciliación. La curiosidad, imaginación ayudan a relativizar ideas y disminuir la hostilidad. Aceptar al otro sin intentar cambiarlo es clave para superar la rigidez ideológica y mejorar la convivencia (Oz, A., 2003a/b).

Inspirarse en figuras que promovieron diálogo y tolerancia es valioso. Prácticas como la mediación y atención plena desarrollan autoconciencia, empatía y tolerancia (Breton, P., 2005), ayudando a gestionar emociones y pensamientos automáticos.

El autoconocimiento permite reconocer prejuicios y controlar impulsos extremos. La educación desde la infancia, fomentando pensamiento crítico y empatía, previene el fanatismo y contribuye a sociedades más justas (Rosenberg, M. B., 2003).

En la convivencia con fanáticos, establecer reglas claras y comunicación asertiva reduce conflictos. En conjunto, estas estrategias son clave para debilitar el fanatismo y promover una convivencia sana y democrática.

CONCLUSIONES

El radicalismo es un fenómeno complejo que surge de una entrega emocional intensa e intransigente a una causa o ideología, formando parte de la identidad del individuo. Mecanismos emocionales y biológicos, como la activación de circuitos cerebrales de recompensa, dificultan la autocrítica y fomentan una visión rígida y polarizada que rechaza lo diferente.

Desde la psicología, el radicalismo ocurre cuando las emociones dominan sobre el pensamiento racional, limitando el análisis objetivo y favoreciendo conductas agresivas. Aunque no es un trastorno mental, puede relacionarse con una identidad frágil y, en casos extremos, adquirir rasgos patológicos. Socialmente, la presión grupal refuerza estas posturas cerradas.

La conexión entre extremismo y violencia se explica por factores psicológicos, culturales y sociales. La agresión se justifica como defensa del grupo o demostración de lealtad, especialmente en contextos que reducen la responsabilidad individual o toleran la violencia. En el terrorismo, el dogmatismo deshumaniza al “otro” y legitima la violencia para cumplir una misión ideológica o política, fortaleciendo la cohesión interna del grupo.

Para combatir el radicalismo, es clave fomentar el pensamiento crítico, la empatía y el diálogo. La educación reflexiva, la comunicación no violenta, la meditación y el autoconocimiento ayudan a romper creencias rígidas y prevenir la radicalización. En la convivencia con personas extremas, establecer límites claros y comunicarse con respeto reduce conflictos. En suma, entender el radicalismo y promover la reflexión y diversidad es esencial para construir una sociedad más justa y democrática.



REFERENCIAS

- Alonso-Fernández, F. (1994). *Psicología del terrorismo*. Masson.
- Alonso-Fernández, F. (2002). *Fanáticos Terroristas*. Salvat.
- Alonso, M. (2000). Universales del odio: resortes intelectuales del fanatismo y la barbarie. *Bakeaz*.
- Armengol, R. (1999). El fanatismo, una perversión del narcisismo. *Temas de psicoanálisis*, 4, 131-166.
- Breton, P. (2005). *Éloge de la communication contre la manipulation*. La Découverte.
- Cyrulnik, B. (2018). *Psicoterapia de Dios*. Gedisa.
- Escobar, M. et al. (2020). *Fanatismo*. Redprodepaz.
- Ganor, B. (2005). *The counter-terrorism puzzle: A guide for decision makers*. Transaction Publishers.
- Hoffman, B. (2017). *Inside terrorism* (3rd ed.). Columbia University Press.
- Horgan, J. (2009). *Psicología del terrorismo*. Gedisa.
- Oz, A. (2003a). *Cómo curar a un fanático*. Siruela.
- Oz, A. (2003b). *Contra el fanatismo*. Siruela.
- Pichardo, T. (2021). *Neurotransmisores: conductas y emociones*. Independently published.
- Rosenberg, M. B. (2003). *Nonviolent communication: A language of life* (2nd ed.). PuddleDancer Press.
- Sánchez, T. (2003a). ¿Cómo se fabrica un fanático? Mecanismos psíquicos en la construcción de una mentalidad fanática. *Papeles Salmantinos de Educación*, 2, 11-133.
- Sánchez, T. (2003b). Paradojas existenciales y emocionales de las personalidades fanáticas. *Clínica y Salud*, 14, 157-181.
- Sánchez, T. (2019). La condición fanática. Paradojas de vida y muerte. *Clínica e Investigación Relacional*, 13, 365-388.
- Sanmartín, J. (2005). *El terrorista*. Ariel.
- Szumowska, E.; et al. (2020). Truth and significance: A 3N model (needs, narratives, networks) perspective on religion. En K. Vail III & C. Routledge (Eds.), *The science of religion, spirituality, and existentialism* (pp. 225-242). Academic Press.
- Townsend, L., et al. (2024). *The Philosophy of Fanaticism: Epistemic, Affective, and Political Dimensions*. Routledge.
- Vidal, M. (2024). *Violencia y fanatismo*. <https://www.acdp.es/wp-content/uploads/1982-13s.pdf>
- Villarejo, A. (2010). Fanatismo: interés en psiquiatría forense penal. *Cuaderno Medicina Forense*, 16, 137-144.